



Comunidad en Casa

Testimonios de estudiantes de la Universidad Iberoamericana de Puebla en tiempo de cuarentena

México ha sido uno de los países de América Latina más afectados por el brote del virus SARS-CoV-2, con miles de muertos y un número creciente de personas contagiadas en el país.

Fue a mediados de marzo cuando se sintió el mayor golpe en la comunidad de la IBERO Puebla, al decretarse la suspensión de actividades presenciales como medida de prevención sanitaria, y desde entonces miles de estudiantes y cientos de profesores han continuado con sus actividades en casa.

Cada uno ha vivido esta experiencia de manera distinta, por lo que en el periódico estudiantil Contratiempo abrimos nuestras páginas para que los alumnos contaran sus experiencias a lo largo de estas semanas. Cada estudiante imprimió su visión particular acerca de las complicaciones de estar en confinamiento, así como los aprendizajes personales en este período.

A continuación se presentan una recopilación de algunos de los textos que fueron publicados en el serial “Comunidad en Casa” en el portal del periódico estudiantil, disponible en <https://micrositios.iberopuebla.mx/contratiempo/tag/comunidadencasa/>.

El tiempo fuera del tiempo

Eduardo Luna Álvarez / Estudiante de Ingeniería en Sistemas Computacionales

Para este espacio al cual se me invitó a modo de válvula de escape, me he permitido calcular el día de la cuarentena en el que estamos con el fin no de torturarme, sino de percatarme cuánto tiempo ha pasado desde tantas últimas veces. Dependiendo de los días que cada uno quiera contabilizar, como fines de semana o vacaciones, la cuenta puede variar. Pero para mí hoy es aproximadamente (cambia de acuerdo con el evento) el día número 44 desde la última vez que fui a la universidad, la última vez que vi a mis amigos, la última vez que cené un jueves o que fui al cine, entre otras tantas más.

Al momento de pensar en todas estas últimas veces no me invade un sentimiento de añoranza, ni de culpa por no haberlas disfrutado como es debido, como se disfruta algo por última vez. ¿Pero quién podría imaginar que sería la última vez de algo? Nadie. Por eso no debe haber culpa. Al contrario de estos sentimientos, estas últimas veces me parecen ajenas, como si todas pertenecieran a otro tiempo; a un tiempo en el que sí transcurre el tiempo. Todo esto me resulta como si se tratara de una extensa, extensísima, celebración del Natalicio de Benito Juárez o como si estuviera en el carro esperando a que cambie ese eterno rojo; aunque técnicamente así esté el semáforo desde hace unos días.

Para mí la cuarentena, en su gran mayoría, ha sido un tiempo fuera del tiempo. Es cierto que existen pruebas que, como mi cabello y mi barba todos desaliñados, y el aumento del calor en estos días, dan fe de que el tiempo ha pasado aquí en mi casa. Pero de allá afuera no recibo nada tangible que lo verifique, ya que todo lo que me llega es virtual: WhatsApp, notas de voz, correos, videos, noticias, etc. Como estudiante de sistemas computacionales o como un *millennial* más, o de la generación que sea, estar en frente de una computadora o de un celular durante largas horas no es una novedad ni una pesadez. Pero para todo esto siempre perdura la necesidad de que lo virtual sea cotejado con lo real, y viceversa. Porque ¿de qué sirve leer un libro que no nos transforma? ¿De qué sirve ver una película que no nos evoca ningún tipo de emoción? ¿De qué sirve jugar un videojuego que no crea lazos tangibles con otros o que no nos pone en contacto con nosotros mismos? ¿De qué sirve un mensaje de un amigo que no nos hace extrañar en estos días? De ahí que lo más irritante de esta situación sea que aún faltan varias semanas para que mucho de lo virtual que hemos hecho en estos días se coteje con la realidad. ¿De qué sirve jugar a la escuelita (y no

por ello quiero minimizar la gran carga de trabajo que muchos tenemos), si el conocimiento queda ahí volando? ¿De qué sirve el cariño que sentimos por alguien, si no lo podemos expresar con un abrazo o con algún otro gesto? ¿De qué sirve un potencial ligue de cuarentena, si nunca tienes la posibilidad de salir con él o con ella? Y entiendo que muchos compren en línea, pero ¿de qué sirve el dinero, si eventualmente no lo puedes gastar? De nada. De absolutamente nada. Pero ya regresará el tiempo para retomar al cien nuestras amistades, para gastar dinero, para estrecharnos, comer un helado e ir al cine.

Para mí, en cierto modo y en cierta medida, todo lo de afuera transcurría fuera del tiempo, hasta que me hice realmente consciente de que el tiempo sí es relativo, que depende del espectador. Que para mí y para otros muchos no corre, pero que para otros ahorita vuela. Ya había pensado en los vendedores ambulantes, pero ningún pensamiento lamenté tanto como las *pukis*; término más amigable con que prefiero llamar a las sexoservidoras. Todo esto fue hace unas semanas cuando leí un par de artículos que trataban sobre la situación tan deplorable que actualmente están viviendo en Ciudad de México y aquí en Puebla. No por ello quiero minimizar la labor de otros, ni mucho menos poner un sufrimiento por arriba del de otros. Porque seamos honestos, todos sufrimos, todos hemos perdido algo no solo en estos días, sino a lo largo de nuestra vida. Nada más que todos tenemos temas que enternecen más nuestros corazones que otros.

Puedo llegar a imaginar el esfuerzo de los médicos, ciertos con un ego más elevado y hasta cierto punto justificable que el de costumbre, enfermeras y del resto del personal de salud: los héroes de esta “tragedia”. Puedo llegar a concebir remotamente el dolor de los enfermos y el de los desempleados. Pero nada obsesionó mi mente como el sufrimiento de las *pukis*, porque ellas no son ancianos, ni niños con discapacidad, ni son el resto de los nombrados: personas a las cuales la sociedad realmente voltea a ver. Para ellas no me quedó duda alguna que sentían el pasar del tiempo. Porque no hay nada más real que el hambre y la ausencia de un techo en el que vivir. Las cosas como son: es más sensato temer a morir de hambre, que a morir de una enfermedad.

Con esta reflexión no pretendo enaltecer mi corazón, ni me quiero hacer sentir mejor por ser un privilegiado. Simplemente quiero disfrutar mejor de mis prerrogativas. Yo también tengo mis dificultades de cuarentena y también fuera de ella. Yo también perdí algo y el futuro a veces también me come vivo. Sigo sin poder comprender del todo a mi papá, el dinero a veces me parece no ser suficiente, perdí, en cierto modo, el viaje que tenía planeado para junio y mi última clase

presencial en la universidad, y el poco tiempo que me queda para graduarme y lo que venga después de ello me causa cierta ansiedad. Ante esto, tengo todo el derecho de quejarme como cualquier otra persona. Pero en estos días, al igual que todas las situaciones de la vida, tengo la invitación a tomar lo mejor de lo “peor”, ya que tengo la capacidad de reflexionar al encontrarme con viejos espejos que había ignorado durante mucho tiempo.

Además de esta gran oportunidad, con estos días he recuperado relaciones que sentía haber perdido o que, por la razón que fuera, se habían alejado de mi vida: mis primos y algunos tíos que, aunque no a todos los veo, están más presentes que nunca. Aunado a esto, he podido retomar actividades que me gustan mucho y que normalmente no podía hacer, como cocinar, leer y estudiar mis idiomas. Con esto no quiero decir que al final de la cuarentena tengamos que rendir cuentas sobre cuántos libros leímos, ni mucho menos. Es absurdo medirnos con la misma vara o creer que si no somos productivos poco valemos. Más bien, con esto quiero decir que, mientras esperamos a que el semáforo cambie a verde, admiremos el paisaje y sostengamos las manos de los copilotos que nos tocaron. Para que así, transformados por este encierro, cuando regresemos a las calles, lo hagamos con un sentido cívico mucho más alto.

El tiempo no se ha parado en balde sin esperar cobrarse nada a cambio. Y precisamente para aquellos que nunca se detuvo, se va a cobrar a lo chino. Más allá de nuestras vidas personales, los más privilegiados de esta tormenta tenemos la responsabilidad de mitigar sus estragos y de crear mecanismos solidarios que, para la próxima vez que el tiempo se detenga, lo pueda hacer no solo para unos cuantos.

Publicado en <https://micrositios.iberopuebla.mx/contratiempo/2020/05/04/el-tiempo-fuera-del-tiempo/>

COVID-19: Delirios de medianoche

Iñaki Varea Vélez / Estudiante de Economía y Finanzas

El 2020 parecía un año como cualquier otro. Lo iniciaba, como todos los demás, comiéndome las doce uvas: cada una, un propósito. En realidad, los propósitos parecen no cambiar mucho año con año –ni tampoco el color elegido de los calzones–. Por lo general, durante los primeros meses del año estamos aún comprometidos con ellos y hacemos lo posible para cumplirlos. Los primeros meses del 2020 no fueron la excepción; pero poco sabría, y tampoco lo habría creído, aunque me hubiesen avisado, que desde mediados de marzo hasta la fecha, debido a la propagación mundial de un nuevo tipo de coronavirus, me la pasaría encerrado. Y déjenme decirles que enclaustrarme no era uno de mis propósitos.

A pesar de la reclusión, la pandemia ha permitido que esté en un *loop* constante de reflexión sobre mi estilo de vida preCOVID-19. Pensamientos, que generalmente acompañan mis noches y cuestionan mis hábitos, gustos, necesidades; así como mi nivel de consumo, de ahorro, de autocontrol y de privilegio.

Así, desde que inició la cuarentena, mucho se ha hablado el verdadero lujo que representa la posibilidad de quedarse en casa, de hacer *home office*, tomar ciberclases, de ordenar por internet el súper y que llegue a la puerta, etcétera, etcétera, etcétera. Tal privilegio en las circunstancias de crisis sanitaria, exhibió las deplorables condiciones sociales y económicas en las que viven la mayoría de los mexicanos, lo que *por fin* generó un diálogo que llevaba años de fondo en las discusiones cotidianas sin captar la mayor atención.

En este sentido, en mis comunes desvelos, revivo en la mente dichas problemáticas que aquejan al país, acrecentadas por el virus. El trabajo informal es uno de los más sonados actualmente, por ende, es uno que frecuentemente inunda mis pensamientos; un gran número de la población que trabaja en estas condiciones vive ‘al día’, por lo que acatar cabalmente el ‘quédate en casa’ no es opción. Sin embargo, es la ausencia total de prestaciones de ley lo que los pone en verdadero peligro, al tener en cuenta que la seguridad social es una de ellas. Por ello, mientras el resto de la población se queja que la gente sigue saliendo, los comerciantes informales repiten “claro que me da miedo el coronavirus pero, la verdad, me da más miedo morir de hambre”.

Ojalá que los conflictos nocturnos y las horas en vela reflexionando sólo giraran en torno a la informalidad; pero este no es el tema que me quita el sueño. La enfermedad ha expuesto problemas

mucho más profundos: para empezar, el escueto acceso a la salud pública de calidad, el urbanismo *cochista* y las nulas políticas de desempleo en el país; seguido de la violencia doméstica y los feminicidios que no bajan incluso con el resguardo, donde se hace evidente que en la violencia sistémica de género nada influye la vestimenta, ni la edad, ni el lugar.

Y para concluir mis *debrayes* de insomnio, me pregunto cómo se cumplirán las medidas de prevención que tanto insiste la OMS, si en México no todos gozan de sistemas de drenaje y otros menos de acceso al agua; aunque no vayamos muy lejos, para hacer la cuarentena se debe poseer al menos un espacio para confinarse.

Se hace evidente, entonces, ante el panorama abrumador que me impide dormir, que debo ser consciente de mi privilegio y agradecer no sólo el techo sobre mí cabeza y el agua que sale del grifo, sino también que los días pasan y mi familia está sana, aquí, conmigo.

Antes de la pandemia era difícil, por el trabajo o la universidad, que toda la familia coincidiera para comer juntos –y eso que somos tres–. La excepcionalidad del COVID-19 ha traído consigo hechos sin precedentes en mi hogar. La dinámica familiar cambió, y ahora compartimos más que las comidas. En las mañanas, el café y los desayunos ricos en gluten no han faltado; las tardes se dedican a jugar *Scrabble* o una partida de cartas, y las noches son de películas y palomitas. Incluso, en lo personal he retomado el libro que tenía abandonado y me las he arreglado para poner varias piezas del rompecabezas que llevaba semanas en la mesa del comedor.

Esta nueva mecánica en donde el tiempo parece inagotable, conlleva un último delirio noctámbulo que me parece pertinente considerar. Constantemente queremos aprovechar al máximo el tiempo, ser ‘productivos’, tanto que planeamos cada paso que damos. Estamos acostumbrados a la vida de caos, tráfico y ruido; y no me sorprende que tan pronto inició el encierro, todos buscaron refugiarse en alguna actividad que probablemente no hacían antes para hacerse sentir útiles –los rompecabezas agotados en Amazon son prueba de ello–. Pareciese que ponerle pausa al ritmo o dejar de ser productivos es ilógico y una completa grosería... Y quizás sí lo sea; hacer nada es un lujo de muy pocos; de tal modo, quiero pensar que esta experiencia nos invita a ser más empáticos y sobretodo más conscientes de nuestros privilegios.

Para concluir, basta decir que mis propósitos de Año Nuevo se han vuelto insignificantes. Siendo honestos los olvidé más pronto de lo que habría creído. Y realmente ya no importa, pues cuando todo acabe, tendremos otros propósitos adecuados a la realidad venidera.

Dormir tranquilo sabiendo que todos gozamos de las mismas condiciones es un buen primer propósito.

Publicado en <https://micrositios.iberopuebla.mx/contratiempo/2020/05/25/covid-19-delirios-de-medianoche/>

Tiempos de convivir con una misma

Ana Itzel Garcia Roque / Estudiante de Comunicación

Han pasado tres meses desde que empezó mi primer confinamiento, aún recuerdo aquel sábado 14 de marzo cuando el gobierno federal anunciaba que se suspenderían las clases presenciales y ahora todo sería en línea. Yo no sabía qué iba a pasar, al principio no le tomé gran importancia y pensaba que el martes mis profesores me dirían qué hacer, pero no, eso no sucedió.

Al inicio me hizo muy feliz el saber que tendría mucho tiempo libre para hacer literalmente todo lo que quisiera, claro dentro de mi casa, porque como fiel amante de pasar las tardes y fines de semana viendo series en la comodidad de mi hogar, el no salir no era una gran preocupación para mí, o eso pensaba.

La verdad es que esta cuarentena me ha enseñado mucho, aunque también me ha retado bastante, he tenido que aprender a organizarme para trabajar en línea y continuar con mis clases, algo con lo que he batallado bastante.

Pero también me he demostrado que se disfrutar del tiempo conmigo misma y aunque extrañe el salir a correr o ir al cine, la verdad es que he descubierto nuevos pasatiempos y retomado algunos otros, creía que muchos de ellos no los extrañaba hasta que recordé lo bien que me hacen sentir.

Hay días en los que no todo parece tan monótono y otros en los que ya no veo la hora de que esto acabe, pero lo que es cierto es que esta es una gran oportunidad para acercarnos a quienes teníamos tan cerca pero aun así estaban distantes, nuestra familia, pues son quienes antes veíamos por la mañana antes de irnos a la universidad y por la noche antes de ir a dormir, pero no disfrutábamos como tal el tiempo con ellos y ahora que se encuentran en la misma situación que nosotros y están trabajando desde casa, sí podemos hacerlo.

Quizá la incertidumbre de cuándo terminará mi primer confinamiento haya cesado un poco y ya no esté tan ansiosa por eso, como cuando estaba por terminar abril y visualizaba los días que había pasado en mi casa como algo eterno, durante los cuales ya había hecho mucho, y tenía la noción de que habían pasado dos meses, pero aún sigo esperando el día en que pueda ir al cine otra vez, volver a salir con mis amigas e incluso el día en que vuelva a poner un pie en mi universidad.

Publicado en <https://micrositios.iberopuebla.mx/contratiempo/2020/06/15/tiempos-de-convivir-con-una-misma/>

Nueva normalidad

Héctor Eduardo García Hernández / Estudiante de Relaciones Internacionales

El primer día de 2020 me prometí que este iba a ser el mejor año de mi vida. Sé que al planear las cosas éstas normalmente no terminan saliendo tal y como lo deseas, sin embargo, estaba muy seguro de lo que me esperaba: finalmente iba a terminar la universidad, trabajaría en verano antes de irme de Puebla, me iría a vivir a la Ciudad de México y probablemente hubiera empezado una nueva relación con la persona con quien estaba saliendo a principios de año. Hoy es junio y tengo muy poca esperanza que alguna de estas cosas ocurra, al menos de la manera en la que me hubiese gustado.

Cuando a finales de marzo tuve que ir por todas mis cosas a Puebla para desocupar la casa en la que vivía, y la última vez que hablé con el chico con el que estaba saliendo, fueron dos momentos que me hicieron darme cuenta de lo equivocado que estaba sobre lo que iba a ser el resto de mi año.

Este periodo de cuarentena nos obligó a poner en pausa nuestras vidas. Al principio me costó aceptar que ninguna de las cosas que había planeado iban a hacerse realidad. Decidí dejar de atormentarme y aceptar mi nueva normalidad lejos de lo que hubiera sido.

Llevo tres meses en mi casa después de cinco años de haberme ido a estudiar la universidad y no haber estado aquí en periodos mayores a un mes. En los primeros días me sentía como un extraño en mi propia casa, pero hoy me siento como si nunca me hubiera ido.

Creo que este tiempo lo he visto como una oportunidad para reconectar con mi familia y conmigo mismo. Es cómico que tuvo que ocurrir una pandemia global para que pudiese sentirme de esta manera. Sé que probablemente estaría más feliz con mi plan original, no obstante, parte de mí agradece esta pausa involuntaria al ritmo convencional de mi vida. Me encantaría saber que hoy las autoridades van a decir que a partir de mañana ya podemos salir de nuestras casas y que podemos vivir nuestra vida de la manera en la que siempre lo hemos hecho, pero sé que esto está lejos de ser verdad.

Gente cercana a mí le tocó vivir la enfermedad y otra murió, no me puedo imaginar por lo que sus familias pasaron. Hoy nos toca ser responsables, aunque eso signifique hacer de lado nuestros verdaderos deseos y aunque las cosas mejoren tenemos que continuar con las medidas

recomendadas para evitar nuevos contagios.

Respecto a mis planes pues realmente no tengo mucha certeza de lo que vaya a suceder, tampoco sé si este vaya a ser el mejor año de mi vida, probablemente no, no tengo cabeza para pensar en ello. Por el momento no pienso en otra cosa que no sea quedarme en mi casa y cuidar a todos los que quiero. Lo demás tarde o temprano va a suceder, o no.

Publicado en <https://micrositios.iberopuebla.mx/contratiempo/2020/06/22/la-nueva-normalidad/>

El mundo en el interior

Paloma Fernández Peña / Estudiante de Comunicación Digital

La resignificación de la cotidianidad ha sido una de las actividades principales en la (in)comodidad de mi cuarto, que se ha vuelto un campo minado con recuerdos de la vida en la "normalidad". En un día normal, me levantaba en un sonar y callar de la alarma, apurando paso para intentar llegar al menos a los 15 minutos de tolerancia; desayunaba lo que fuera en el transporte, porque en casa aprovechaba para prepararme como fuera para salir corriendo. Dependiendo de la época del año, intentaba compensar en 20 minutos las tres o cuatro horas de sueño que me faltaban por trabajos, tareas o pensamientos del día siguiente o el pasado.

Lo que más recuerdo de llegar a un salón era verte, saludarnos y quejarnos o reírnos anhelando vernos al día siguiente o a los dos días, comer en las horas libres o saludarnos en los pasillos, esperar vernos o sabernos en el mismo lugar, compartir tiempo y espacio. Los días normales nunca se habían sentido más extraños, y lejanos.

En el techo y en las horas recuerdo los momentos que la vida universitaria me ha dado, los espacios y el aprendizaje valioso que hoy se proyectan con nostalgia, pero no con tristeza, mientras repaso mis amigos, mis espacios, mis tutores, que me han dado mucho, tanto como profesionales como personas.

La distancia es el ente más fuerte para la reflexión, algo que he convertido en una afirmación estos meses. Este tiempo no ha hecho más que darme golpecitos en la nariz con la realidad que evadí, y no soy la única, la realidad de sentarme a convivir conmigo misma a reconocer mis errores, mis defectos, mis miedos, mis incompletos, las cosas de las que yo decía estar consciente pero no hay nada más alejado de la realidad.

Todo suena tan dramático al inicio, pero el reconocimiento de mi persona ha sido de las experiencias más completas que he tenido: ha habido drama, acción, amorío, explosiones (no de forma literal por supuesto), llanto, risas y un toque de suspenso, algo que, como estudiante apasionada de todas las artes, agradezco no sólo ser espectadora sino protagonista de toda esta trama.

En los créditos reitero mis agradecimientos a todo el reparto que hizo posible este gran proyecto personal, y que su cariño lo ayudó a crecer hasta ser el primer logro de esta cuarentena.

En este instante no hay nada más distante que los abrazos, las pláticas y pedazos de nuestra vida en la “normalidad”, y no sólo me refiero al distanciamiento social. De las ruinas surgen los cimientos de algo más grande y mejor, de la consciencia y cambio individual en lo colectivo, surge un nuevo mundo que acepta con sólo existir, en el que caben muchos mundos con muchas cosas y muchas personas, que mirando al techo se arman pedazo a pedazo para ser mejores con los recuerdos de su vida en la antigua normalidad, que están dispuestos al proceso que implica el deconstruirse y saberse, desde su mundo interior.

Publicado en <https://micrositios.iberopuebla.mx/contratiempo/2020/07/13/el-mundo-en-el-interior/>

Amor, novedad y reflexión

Jorge Rodríguez Arellano / Estudiante de Diseño de Interacción y Animación

Hace poco se cumplieron 100 días de encierro y con el temblor de esta semana puedo oficialmente decir: no es así como imaginaba terminar junio.

Cuando inició la cuarentena todo era distinto, en honor a la verdad puedo decir que la gran mayoría de aspectos de mi vida han cambiado con esta situación y me gusta pensar que fueron de manera positiva, aunque al principio no lo pareciera. Ahora la pregunta es ¿cómo puedo presentar tantas cosas para unas cuantas líneas?

Creo que podría empezar resumiendo mi cuarentena en tres palabras: amor, novedad y reflexión. La primera es porque en este tiempo he tenido que reevaluar qué es el amor para mí, cómo lo vivo o cómo lo volveré a vivir, y aquí sin duda entrarían mis amigos y amigas.

Al iniciar la cuarentena pasé por un momento muy difícil, un episodio de tristeza genuina que jamás pensé que podría sentir y la única razón por la que pude salir de ahí fue por el apoyo de todas esas personas que a través de un mensaje me hicieron saber que estaban ahí para mí. Fueron esas amistades las que de la manera más pura se acercaron a mí por un consejo o por la necesidad de una respuesta que confiaron yo podría darles. En estos tiempos difíciles fueron esas personas las que me recordaron mi misión en el mundo y con ello la frase más importante en mi vida “todo mejora”.

Estas mismas amistades fueron las que me han ayudado a recibir la novedad, “lo nuevo” en mi vida, fueron quienes no dudaron un segundo en apoyarme cuando justo a la mitad de una pandemia mundial decidí lanzarme como diseñador e ilustrador freelance, negocio que contra todo pronóstico va en ascenso, en gran parte por ayuda de una red de personas que siempre va a estirar la mano por un compañero.

También fueron ellos quienes no han parado de apoyar las ideas *random* que tengo en este tiempo, intentar hacerme *tiktoker*, empezar a cuidar plantitas, participar en convocatorias y concursos, hasta hacer un perfil en Tinder, y así puedo seguir nombrando una cantidad enorme de proyectos y planes que les he comentado a mis amistades, algunos si los he hecho, otros no, pero siempre la respuesta de mis amigos y amigas ha sido un apoyo incondicional.

Y todo esto nos lleva a la última palabra con la que puedo resumir mi tiempo en cuarentena y quizá

lo más importante que he hecho en esta pandemia mundial, el reflexionar, el poder sentarme y ordenar mis ideas, tener conclusiones y con ello sanarme y entender mucho más quién soy.

He pensado en mi misión en este mundo, he meditado sobre lo que es el amor, he deseado tener un “espacio seguro”, he llorado pensando en la vulnerabilidad, en mi propia vulnerabilidad, me he sorprendido sobre mi relación con Dios, he pensado sobre la vida y la muerte, y sobre cuantas personas se llaman Maira porque alguien escribió mal María en sus actas de nacimiento, ¿qué? no todos mis pensamientos son tan profundos.

Todos esos pensamientos inundan mi cabeza al menos una vez al día, todas esas cosas nuevas llenan mis días y todo ese amor me mantiene vivo y así es como llega la noche de cada día y mi vida pasa lento y recuerdo mi pasado, atesoro los buenos momentos y veo con cariño los momentos de sufrimiento que he tenido, porque pude salir de ellos y con esto veo claro y con optimismo el presente porque seguimos vivos y vivas, seguimos resistiendo y luchando y es cuando veo al futuro, incierto y enigmático. Sé que una “nueva normalidad” nos aguarda y creo que estoy listo para enfrentarla.

Claramente esto último, es parte de las reflexiones que he tenido.

Publicado en <https://micrositios.iberopuebla.mx/contratiempo/2020/06/29/amor-novedad-y-reflexion/>

Tiempos de cuarentena

Miranda Cid Nieto / Estudiante de Ciencias Políticas y Administración Pública

Ya va poco más de tres meses desde que la IBERO Puebla mandó a los gansos a sus respectivos hogares. Un mes lleno de incertidumbre, preocupaciones, clases en línea y, sobre todo, un giro en la vida de todos nosotros, en mayor o menor medida.

Les voy a contar un poco de mi experiencia personal y así, probablemente se sientan menos solos.

Al principio, no voy a mentir, todo era un caos. Vivir de nuevo con tus papás puede ser un poco complicado, sobre todo, las primeras semanas. Si eres foráneo, como yo, llega un punto en el que te acostumbras a vivir por tu cuenta, y cuando vuelves a casa, se siente bonito estar ahí por unos días. Pero cuando hablamos de unos meses, puede complicarse un poco más. Pero bueno, al cabo de un rato, te acostumbras.

Además, las primeras semanas no estaba segura de cómo iban a ser las clases en línea. Me sentía un poco aturdida por todos los cambios que hubo en tan poco tiempo y de manera inesperada. Ahora que ya tengo una mejor comunicación con mis profesores, me siento un poco más tranquila, aunque claro, no hay nada como una clase presencial.

Sinceramente, llega un punto en el que ya no sabes qué hacer, y empiezas a hacer de todo. No puedo contar las veces que he cambiado los muebles de lugar, o las veces que he tratado de hornear un postre, sin lograr los mejores resultados, por cierto.

Sé que estamos en un momento de preocupación e incertidumbre mundial, pero he querido ocupar este tiempo para reflexionar, controlar mis emociones y tratar de adaptarme lo mejor que pueda al encierro.

Si hay algo bueno que puedo destacar de esta cuarentena, es el tiempo libre que me ha dado, una bendición y maldición al mismo tiempo, pero en este caso, quiero destacar lo bueno.

Estos momentos me han servido para hacer todo aquello que he venido posponiendo desde hace mucho tiempo, con la excusa de “es que no tengo tiempo por la uni”. Esas pequeñas metas como “limpiar mi cuarto, ser más ordenada”, las he ido logrando poco a poco, y sinceramente, me da cierta satisfacción el haberlo hecho.

También, he tratado de despejar mi mente, pensar en mí y distraerme lo más posible para no caer

en la locura; tener más tiempo libre me ha ayudado a leer un poco más, a organizar mis horarios, a hacer un poco de ejercicio, a ajustar mis horas de sueño, que no voy a mentir, el insomnio ha estado presente en muchas ocasiones, y a tratar de pensar lo más positivo que pueda.

Sé que estamos en un tiempo en el que probablemente todo lo que queramos hacer es ver películas y dormir mucho, lo cual es válido, pero de manera controlada. Es importante aprovechar estos momentos y lanzar nuestra creatividad al máximo. YouTube tiene tutoriales para hacer lo que sea, literalmente, si quieres aprender un nuevo idioma, cómo hacer un nuevo platillo, cómo tocar un instrumento, entre otras cosas, todo lo puedes encontrar en internet, sólo es cuestión de tener la iniciativa.

Yo vivo en una ciudad no muy grande, donde realmente no hay muchos casos confirmados de COVID-19, así que no estoy tan preocupada por contagiarme (aun así, cuando tengo que salir, tomo todas las medidas de seguridad).

Sinceramente, mis preocupaciones no son tan personales, sino me preocupan más otras personas que me rodean. Por ejemplo, he visto a mis papás preocupados por el trabajo, preocupados por los trabajadores y sus familias.

Hay gente que no puede parar, que tiene que salir, porque necesita el sustento de cada día. Creo que esa es de las cosas que más me preocupan, que muchas personas están quedándose sin empleo, sin una fuente para conseguir alimento. Además, hay que pensar que la crisis que trajo el coronavirus, no va a terminar en junio, muchas empresas familiares y pequeñas han tenido que cerrar y algunos de manera permanente.

Por eso, me gustaría invitarlos a que cada quien, en medida de sus posibilidades, done algunas latas, frijoles, arroz, alguna despensa a cualquier fundación u organización que se encuentre en su comunidad. En estos momentos de crisis, es muy importante ser solidarios, y si tenemos la oportunidad de ayudar, que mejor que hacerlo.

Publicado en <https://micrositios.iberopuebla.mx/contratiempo/2020/06/29/amor-novedad-y-reflexion/>